

## AMADO PUS

Soy guapo. Me lo dice la gente, me lo dice el espejo. Ahora mismo me lo está diciendo, mientras busco la espuma de afeitar en el estante sin desviar la mirada, y me *lo* creo.

Cojo la espuma, la cuchilla, hidratantes varios y todo cuanto conforma mi habitual *set* de acicalamiento. Me afeito cada día, mi rostro es perfecto, necesito hacerlo.

El vaho de la ducha se ha disipado casi por completo, apuro con la toalla los últimos retazos de espejo empañados, con cuidado de no emborronarlo. Necesito verme *bien*.

Guapo. Sonríó al espejo y él me la devuelve, pero entonces lo veo. Acercó el carrillo derecho con un espanto inusitado y vuelvo a limpiar el espejo, esta vez sin cebarme en delicadezas, pero no es una mancha. No del espejo.

Boquiabierto compruebo como mi piel tersa se hincha lentamente en los confines de mis labios. No puedo evitar el estúpido parpadeo frenético que acompañan los tópicos de la sorpresa, pero se bien que no es una ilusión.

Me ha salido un grano.

Suena mejor que “tenerlo”, al fin y al cabo esto es una intrusión, no una posesión. Y es el primero.

La visión me ruboriza y el bulto enrojece, sucede al mismo tiempo y me es imposible precisar el detonante, así que prefiero pensar que es culpa suya. Siento presión, y no sólo física. El calor se está extendiendo, se enraíza en el lóbulo de mi oreja, trepa sobre el párpado, debo evitarlo, el calor hace que salgan más; eso he oído.

Mis índices lo acorralan, y ocurre lo inesperado. El tiempo se detiene, el cristal se empaña de nuevo, pero esta vez no es por la ducha; es mi cabeza. Vuelvo a ver el nacimiento de la pequeña montaña, un recuerdo que me asalta una y otra vez, hasta que

por fin me doy cuenta. Algo ha nacido junto a la abominación, un gemelo de la excrecencia, incorpóreo, pero no por ello menos turbador. Fascinación.

Descubro mi espalda bañada en sudor helado al reconocer lo que siento por la anomalía.

No puede estar pasando, no debe, pero así es, o así lo interpretan mis dedos, que se separan sin apenas darme cuenta.

Se completa la eternidad de ese último y extraño minuto. Estoy de vuelta. Lo *Estamos*.

Llega la tarde, no me he afeitado y no me importa. Los tiempos que corren pertenecen a rostros barbilampiños y melenas meticulosamente desgredadas, la rebeldía vende y no dudo en aprovecharla como excusa, aunque la verdadera razón siga siendo él.

Si sigo ante el espejo es debido a que él sigue en mí debido a algo que de pronto creo entender. El mérito no es mío, lo reconozco, el espejo me lo ha vuelto a susurrar. *Guapo* ha dicho. Y yo... me *lo* he vuelto a creer.

Camino hacia la puerta, el incidente me ha alejado de la rutina, pero necesito salir a comprar. Sacar la basura quizá. Con un pie fuera de casa vuelve a suceder, el tiempo se para y mi conciencia queda nuevamente dividida, exorcizada. Suelto las bolsas, retiro el pie del umbral, mis dedos vuelan instintivamente hacia el grano, los mismos dedos que minutos antes lo habían enterrado bajo capas de maquillaje. Sí, la rebeldía estaba de moda, infinitos despropósitos lo habían estado y lo estarían, pero los granos no; los granos nunca volverían locas a las chicas –salvo que salpicasen sus propios rostros, nunca causarían sensación –no buena al menos.

Siento amargura, no puedo negarlo, tampoco evitarlo, ni siquiera lo intento. Me sorprende a mi mismo compartiendo algo más que sangre con mi intruso. Punzadas de marginación, desprecio, brusquedad, odio... dolor.

Retiro sutilmente el denso y ocre cosmético bajo el pómulo, apenas siento la hinchazón, ni calor; mi grano me está dando las gracias. ¿Será posible?

He vuelto a casa, la noche me ha escoltado hasta el portal. Traigo conmigo pan, zanahoria, un par de cogollos de escarola y nuevas revelaciones para nutrir la paranoia. La gente no se ha inmutado, ni siquiera vecinos o conocidos. Me han saludado como de costumbre, sin sonrisas tensas ni miradas extraviadas. Puede que aún sea demasiado pronto.

¿Cuánto tiempo tardan en desarrollarse? ¿Qué aspecto tendrá cuando lo haga? Apago la luz con la esperanza de que mis desvaríos se vayan con ella y despierten resueltos a la mañana, pero no lo hacen; nada más lejos.

Mi mente se deja seducir por la densa pantalla de oscuridad que envuelve la habitación, me convierto en espectador improvisado de mis propios pensamientos, una retrospectiva caótica proyectada en el techo por la que desfilan decenas de chicos con granos que he conocido a lo largo de mi vida. No habían triunfado, todos habían sido humillados o marginados, cuando no ambas cosas. No llego a recordar ni a la mitad y caigo dormido, aunque me acompaña una inquietante sensación que no alcanzo a concretar, dado que nunca antes la había sentido. Creo que es envidia.

Tanteo la pared en busca del interruptor, aún no me he hecho a la disposición de los muebles, y eso que han pasado tres semanas desde que me mudé, pero esta vez estoy tardando más de la cuenta.

El piso es cómodo y práctico, si en algo peca, lo hace en sentido literal, una mancha de carácter metafísico invisible a la vista pero lo bastante sucia para justificar su ganga. Aquí vivía un asesino de niños condenado a muerte.

No me importó en su momento y mucho menos ahora, lo único que quiero es ver mi grano. Arrojo la mirada al abismo de sombras que engulle la alcoba y mentalmente trazo las agujas del reloj que allí se esconde; intuyo que es pronto, dormir poco y mal justificaría este desatino, pero cuando por fin acciono el interruptor, la luz me abofetea con una nueva y lapidaria justificación. Estoy soñando.

Mis dedos descansan en el cuadro de llaves del baño, estoy en él, de pie frente al espejo, no en la cama, pero no es lo único que está fuera de lugar. Allí donde debería estar mi cara encuentro una superficie cetrina y palpitante, enmarcada por gajos de cabello sudoroso que sobresalen tímidamente tras el enorme bulto que se ha tragado mis ojos, labios y nariz. Noto como el miedo me llena la mente y vacía la vejiga al mismo tiempo. El corazón se dispara, la enorme pústula que enarbola mi cuello lo imita, pero no es el movimiento lo que me da la pista; es la naturaleza traslucida de mi nueva piel la que me invita a comprobar como el bombeo de sangre se traduce en ráfagas carmesíes escupidas por la aorta; una niebla de telarañas que flota por mi cabeza cercando las inmediaciones de mi entonces rostro, como coordinada para ofrecerme un espectáculo inminente. Me aferro al lavabo al primer síntoma de flaqueo, algo de lo que no tardo en arrepentirme, pues posiblemente hubiese dado fin a la pesadilla.

De nuevo el dudoso don de la traslucidez asiste a cualquier duda que tuviese sobre mis nauseas, invitadas desde el estómago a materializarse en el enorme globo supurante, para cohabitar con sangre, pus y temores.

Siento como los últimos vestigios de fuerza se van de mi cuerpo cuando los primeros vómitos llegan a mi cabeza. Se intensifican las palpitaciones. El visceral cóctel de fluidos adopta un nuevo color descompuesto e insoportable. Siento como mis pensamientos se ahogan en él. Me acaloro, tiemblo, y de pronto... *reviento*.

Me incorporo en la cama como salpicado por mi propia pesadilla. Todas las partes de mi cuerpo me aguardaban agitadas, hirviendo, acelerando sus funciones, espoleándome para detener el caos que inconscientemente había creado.

Cuando enciendo la luz todo parece normalizarse. Apenas guardo recuerdos de la pesadilla, no así las sábanas, que tardarán más en borrarlo. Camino hacia el baño, la sensación de *dejavú* que arrastraba hasta entonces desaparece intimidada al encarar al espejo, que me recibe con una sonrisa alentadora, y un minúsculo destello verde apostado junto a ella que capta toda mi atención.

Ha cambiado. No es mucho más grande, pero sí más escabroso. Sobre la colina terciopelada ha nacido una obscenidad esmeralda, rebosante de fluidos y autoridad. Parece contenido, como si quisiera revelarme a gritos una verdad universal pero la guardase para un último momento. No me atrevo a tocarlo, ni siquiera a dejar de mirarlo. Es evidente que lo de ayer no había sido una fascinación pasajera, comparado con esto, ni siquiera podría llamarse fascinación.

Hoy es diferente, y yo también. Así me siento, por primera vez en mucho tiempo. Él me ha apartado de los estereotipos, de la hermosura enlatada, vulgar y soporífera, de las impresiones regladas, de la tediosa aprobación ajena. Ahora soy guapo de verdad, y todo gracias a él. "*Un plus por mi pus*", me sorprende diciéndole, y me río. Pienso en estos días y llego a la inesperada conclusión de que jamás había compartido tantos sentimientos con o por nadie.

No, no lo destruiría. De irse lo haría por su propio pie, y fuera como fuese, dentro o fuera de mi cuerpo, estaría aquí para verlo.

La alarma del reloj rompe el momento, y como es sabido, detrás de cada alarma hay una responsabilidad. Es lunes, se me había pasado por completo, maldita sea, toca trabajar. Salir de casa.

No tengo espejos de mano, nunca los he necesitado, las caras de la gente me bastaban. Estoy tenso, no se que hacer ni que hago, salvo dar vueltas por casa como un poseso. Registro cada armario, cada cajón, cada esquina. Desarmo estantes, vuelco sofás, no encuentro nada. Nada.

Vuelvo al baño, ignoro si por rutina o para exigir nuevos consejos del que ha sido mi oráculo personal en los últimos días. Y efectivamente, la solución se presenta ante mis ojos.

Estrello un bote de *channel* contra el espejo. No he tenido más remedio. Encajo su chillido de protesta con respetuoso silencio, pese a que una parte de la orgía de cristales ha ido a parar a mi rostro. No me enfado con él, ha hecho demasiado por mí, y además, el grano ha salido ileso. Recojo el fragmento más grande que encuentro y salgo de casa.

Septiembre da a luz amaneceres oscuros, el de hoy incluye lluvia.

No he traído paraguas, un nuevo descuido suscitado por el grano, que ha acaparado mi atención más de lo que creía. La situación ha empeorado, pero no importa, puedo arreglármelas; no para no mojarme, por supuesto, sino para evitar que el espejo lo haga. Esa es la prioridad.

Los grillos ceden la partitura al taconeo expeditivo de los madrugadores, siempre prestos a desperdiciar aliento discutiendo con sus relojes. Vahadas de improperios, frío y nicotina, perdidas en la negrura, fulminadas por la lluvia, ahogadas en charcos, y finalmente, pisoteadas por el denso tráfico de la mañana. Hoy iba a llover más que agua.

Limpio del cristal las gotas que se cuelan entre los dedos, el tiempo está empeorando, y aún me queda mucho camino por delante. Debo apresurarme. Y lo hago, pero no aparto los ojos del pequeño vidrio. El grano está a punto de reventar, lo veo y lo siento.

El espejo se empaña de nuevo, lo limpio frenéticamente, lo acerco a la mejilla hasta que apenas distingo su superficie de la mía, y entonces soy cegado por un resplandor rojo que baña mi rostro. Es una señal.

Me despierto rodeado por un avispero de murmullos, cada vez más agudo, igual de impreciso. El resplandor rojo baña ahora mi cuerpo, pero esta vez puedo palparlo, es denso y cálido; siento que me pertenece.

La señal había resultado ser de tráfico. No había visto el semáforo, menos aún el vehículo que me arrolló. Y lo más curioso de todo, es que no me importaba.

Busco el espejo con una mano, la otra no la siento. La parálisis me ha devorado de los pies a la cadera. Levanto la cabeza medio centímetro tras un esfuerzo ciclópeo, a mí alrededor oigo voces de protesta, pero no hago caso, puedo verme un pie, el otro también, pero demasiado lejos.

No se si lo que resbala por mis mejillas son lágrimas, lluvia o pus. A la muerte no parece importarle, su injusto manto sigue extendiéndose, está llegando al cuello. No puedo irme, no sin ver a mi grano. Mi amado grano.

No encuentro mi espejo, lo reclamo, ruego a gritos que me lo den. Más murmullos. Grito más fuerte; le grito a él, "*¡mi grano, mi grano!*"

Las sombras se encogen de hombros, se mezclan unas con otras y dan forma a nuevos murmullos. De pronto una figura sale vomitada del tumulto y se repliega frente a mí. No distingo su forma, pero sí sus palabras:

- No hable, no se mueva.

Pero no puedo. El último aliento se lo dedico a *él*. Grito su nombre una vez más. Y parece que mi desesperación conmueve a las sombras, me preguntan que de qué hablo, que no tengo ningún grano. Pero es mentira.

Trato de tocar mi rostro, pero el último vestigio de sensibilidad desaparece en la punta de mis dedos antes de lograrlo. Es tan injusto. Mi cabeza se ladea apenas sin vida sobre el pavimento. No veo ningún grano reflejado en la almohada de sangre sobre la que descanso, no lo entiendo, ¿se ha ido sin despedirse? Y entonces un destello se interpone entre el charco y yo.

Es mi espejo, una mano lo sujeta, mi salvador. Quiere asegurarme el descanso eterno, pretende hacerme entender que no hay ningún grano, pero yo lo veo, está ahí, en un rostro informe que apenas reconozco, salvo por él.

El tiempo se detiene una última vez. Veo el baño, veo el sueño. Nos veo juntos para siempre. Ahora estoy preparado, soy como él, me lo dice el espejo.

*Guapo*, ha dicho, y yo... *lo sé*.

Rubén P.P.